

# “Juguetes no sexistas”



Los juegos y juguetes son parte fundamental de la infancia. Con ellos el niño y la niña aprenden a conocer el mundo e interpretarlo subjetivamente desde su mirada. Pero en la mayoría de los casos, no eligen a qué jugar ya que están influenciados por los roles de género que existen actualmente en la sociedad.

Los niños y niñas aprenden por imitación y los primeros referentes para el juego son los padres y madres. Ellos/as asumen como suyos los roles que desempeñan sus progenitores que además se refuerzan con el juego y los juguetes. Las niñas juegan con cocinitas, bebés..., mientras que los niños lo hacen con coches, herramientas... Estos roles además, son reforzados por el entorno, que engloba la publicidad infantil, los colores de los juguetes, los dibujos animados de la televisión, el lenguaje...

Desde muy pequeños/as por medio del juguete y del juego se les asignan unas actitudes: los niños deben ser valientes, fuertes... y las niñas pacientes, cuidadosas... También se les asignan emociones, como por ejemplo: los niños no pueden llorar o las niñas no pueden mostrar enfado o ira. Estas actitudes y emociones se interiorizan inconscientemente y tanto los niños como las niñas las manifestarán a lo largo de su vida.

Al acercarse unas fechas tan señaladas como las Navideñas, en las cuales se venden el 65% de los juguetes de todo el año, proponemos la temática de los “**juguetes no sexistas**”. Lo haremos con actividades lúdicas en la que los niños y las niñas disfruten mientras aprenden participando en las mismas y sintiéndose los protagonistas de ellas. El **objetivo principal** de esta propuesta didáctica es romper con estos estereotipos con un análisis de los juegos y juguetes desde la perspectiva de género.

### **ALEJANDRO BALANDRO**

Había una vez un niño llamado Alejandro, Alejandro Balandro. Era un niño como tú, sí, como tú. Desayunaba por las mañanas, comía a medio día y cenaba por las noches.

A Alejandro Balandro lo que más le gustaba, le gustaba, le gustaba en este mundo era la Navidad. Estaba esperando como un loco el día de los regalos.

¿Que qué le había pedido Alejandro Balandro a los Reyes Magos? Una muñeca. ¡Una muñeca! No una muñeca cualquiera, no. La supermuñeca que se hacía pipí y popo. ¡La supermuñeca “pipí-popo”!

A Alejandro Balandro le encantaba, le gustaba, le entusiasmaba... Y no podía esperar hasta el día de abrir los regalos. Se había portado muy bien todo el año; le subía las bolsas del supermercado a la vecina, se comía todo lo que le ponían en el plato, recogía de la calle las cacacas del perro de su amiga Miriam Cosquillas... ¡¡¡¡Muy, muy muy bien!!!! Se portaba muy bien.

Así que por fin llegó el gran día.

Alejandro Balandro se levantó bien temprano y... ¡allí estaba el regalo esperándolo! Estaba tan contento. La supermuñeca “pipí-popo” estaba en su caja, tan bonita, con esos ojos que lo miraban y parecían decir “cógeme”. Pasó todo el día jugando, requetejando, requeterequejando...

A la mañana siguiente había colegio de nuevo. Se habían acabado las vacaciones. Y cómo es normal el maestro preguntó:  
- ¿Qué os han traído los Reyes?

A lo que Alejandro Balandro contestó:  
- ¡La muñeca, la supermuñeca “pipí-popo”!

De repente en la clase hubo un silencio y todos y todas empezaron a reírse, a reírse de él.

- ¡Una muñeca! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Una muñeca!

De pronto Alejandro Balandro notó como su cara se iba poniendo roja, cada vez más, más y más. También empezó a sentirse muy pequeñito, pequeñito, pequeñito, tan pequeñito que quería que se lo tragara la tierra. No entendía lo que estaba pasando, no entendía porque se reían de él. No entendía nada de nada. Pero lo más raro de todo es que a cada niño y niña que se reía de pronto la cabeza se le hacía un poco más pequeña. Alejandro Balandro pensó que se estaba volviendo loco y que la vergüenza le estaba haciendo tener alucinaciones. Ese mismo día, en el recreo, su amigo Pepote Monigote se acercó y empezó a reírse de Alejandro Balandro:

- ¡Una muñeca!, a Alejandro Balandro, los Reyes Magos le han traído una muñeca. ¡Ja, ja, ja! Para jugar cómo una niña.

Varios compañeros y compañeras de clase se acercaron y corearon con Pepote Monigote. Alejandro Balandro se puso rojo del enfado. Pero de pronto, se dio cuenta de que a Pepote Monigote y a sus compañeros y compañeras la cabeza se les hacía más pequeña y que sus voces cada vez eran más de pito. Llegó un momento que todos y todas tenían la cabeza tan pequeña como una naranja, y claro, se dieron cuenta de que algo raro les pasaba y empezaron a gritar por todo el patio.

Alejandro Balandro no salía de su asombro y estaba con la boca abierta, tanto que casi le llegaba al suelo. Su amiga Miriam Cosquillas se acercó corriendo y le preguntó:

- ¿Alejandro has visto eso? ¿Qué es lo que les está pasando?

Pero Alejandro Balandro no tenía ni idea. Cogió de la mano a su amiga y se metieron en los cuartos de baño para pensar qué era lo que estaba ocurriendo. Y eso que les costaba concentrarse... porque en el patio había un griterío.

De pronto Miriam Cosquillas lo entendió:

- ¡Ya lo tengo! La cabeza de nuestros amigos y amigas se está quedando del tamaño de sus pensamientos. Y parece que estos pensamientos son muy pequeños.

Alejandro Balandro contestó:

- ¡Vaya problema que tienen! Tenemos que ayudarlos y ayudarlas. Hay que conseguir que sus pensamientos crezcan. Si no se van a quedar con la cabeza pequeña toda la vida.

Se pusieron manos a la obra y llamaron desde el despacho de la directora a casa de Alejandro Balandro para que su papá le trajera la supermuñeca "pipí-popo". En cuanto la tuvieron en la mano se la acercaron a Pepote Monigote y le dijeron que jugara con ella. Al principio Pepote Monigote la cogió como si le fuera a morder y encima la muñeca se le hizo pipí encima. Pero cuando la miró a los ojos, se dio cuenta de que era la supermuñeca más fantástica que había visto en su vida y no pudo evitarlo.

Se puso a jugar.

Jugó, jugó, jugó y disfrutó, disfrutó, disfrutó... tanto que su cabeza poco a poco se fue inflando hasta llegar a su tamaño normal.

En cuanto estuvo curado Alejandro Balandro la cogió (y eso que le costó porque Pepote Monigote no quería soltarla) y se la dejó a otra compañera y después a otro compañero y así hasta que todos y todas volvieron a tener la cabeza de su tamaño.

Y desde entonces sus pensamientos fueron grandes, grandes, grandes y crecieron tanto, tanto, tanto... que fueron felices, felices, felices.

Y colorín colorado está aventura ya se ha acabado.